

BRUNO-JOFRE, Rosa del Carmen, *Methodist Education in Peru: Social Gospel, Politics, and American Ideological and Economic Penetration, 1888-1930*, Wilfrid Laurier University Press (Waterloo, Ontario, Canadá), 1988. 223 p. Bibliografía e ilustraciones.

La historia del protestantismo en el Perú está en el proceso de escribirse. Ya existen algunas tesis e historias generales de los grupos anglosajones, pero la presente obra representa la primera monografía especializada sobre uno de estos grupos, los metodistas. Los metodistas, más que los adventistas y otros grupos de la línea fundamentalista, representaban la veta cultural más típica de América del Norte (The "mainstream"). Fue una de las iglesias protestantes históricas fundadoras de los Estados Unidos, y siempre se ha distinguido por tener una mentalidad notablemente más social que las sectas fundamentalistas contemporáneas. En los metodistas se reúnen todos los elementos y rasgos que dieron origen al mito del "Sueño Americano": la fe inquebrantable en la democracia, el progreso social y el trabajo duro, más un optimismo sin límites, y por supuesto, la convicción firme de que Dios ve con un beneplácito especial todo lo que es norteamericano.

Pero hay otro elemento más que tiene especial relevancia a los metodistas: la fusión, tan típicamente liberal, entre la educación y la reforma social. Los metodistas, como lo señala la autora, formaban la vanguardia del "Evangelio Social", un movimiento humanitario de comienzos del siglo que identificaba el mensaje evangélico con el progreso social, la ayuda a los pobres (las olas de inmigrantes llegando a Nueva York) y los niños y con la reforma moral personal. Es más: los metodistas encontraron en las ideas del filósofo John Dewey una arma intelectual potente para su mensaje: para él la educación es el instrumento más importante para crear o fortalecer la democracia. Inclusive, para Dewey, cada aula debería ser un laboratorio en miniatura de la democracia. Y Dewey fue el profeta del "pragmatismo": una filosofía profundamente marcada por el ambiente de febril activismo norteamericano.

Esta es en suma la alabanza y la crítica que la autora hace de la labor de estos misioneros que llegaron al Perú hacia fines del siglo. Por un lado, su intensa devoción a la reforma social y la autosuperación mediante la educación; y por otro, su ingenua convicción de que la "American Way of Life" debería ser el modelo para América Latina. Basándose en abundantes informes de los propios misioneros metodistas en el Perú, la autora logra captar su mentalidad, así como las muchas ambigüedades de esa mentalidad. Entre otras facetas interesantes, los metodistas, igual que el ministro escocés John Mackay, tenían una relación especial con Haya de la Torre y el APRA. La razón es parcialmente obvia: el APRA encarnaba muchos de los mismos valores que estimaban los metodistas: el culto al trabajo y a la superación (las universidades

populares), el énfasis en fortalecer la conciencia cívica y la eliminación de vicios, tales como el fumar o beber. Al mismo tiempo el APRA pregonaba la libertad de conciencia (y por ende, de culto). Por lo visto, no preocupaba demasiado a los misioneros (o bien, sabían algo que muchos peruanos de la época no sabían) la retórica antiimperialista de los apristas. Porque los metodistas en los años 20 también admiraban a Augusto B. Leguía, que representaba un nuevo estilo del capitalista emprendedor que tomaba a los Estados Unidos como su modelo para el desarrollo.

Las críticas de la autora son severas: los metodistas enfatizaban la superación, pero eran casi ciegos frente a los problemas sociales que hoy se llaman "estructurales". Así, uno puede leer en los informes de los misioneros alabanzas de los esfuerzos de sus alumnos en los colegios metodistas de La Oroya para mejorarse; pero esos mismos informes no hacen ninguna referencia a las deplorables condiciones de miseria en que vivían los trabajadores (¿acaso porque la Compañía era norteamericana?).

Esta obra ofrece una visión interesante de un aspecto poco conocido de Lima, sobre todo los capítulos sobre los colegios llevados por los metodistas, especialmente la "Lima High School", hoy María Alvarado. Eran modelos de la enseñanza norteamericana, con el énfasis en el orden, la disciplina y el cumplimiento de las tareas. Y conforme a su propio mensaje de respetar la religión de cada uno, no hubo en estos colegios ninguna clase de proselitismo obvio o evidente. Pero por otra parte se ve en ellos una confirmación de la tesis de la autora: los alumnos eran de las clases medias "arribistas" que estimaban todo lo que fue y es norteamericano y que, al mismo tiempo, mostraban poco sentido social. Las cartas de los propios misioneros alaban la "democracia" pero al mismo tiempo expresan poca simpatía hacia todo lo que sería conflicto social, tales como huelgas o paros, etc.

Tal vez la autora es excesivamente severa: a fin de cuentas, si bien los metodistas no se distinguían por tener un concepto más ideológico del cambio social, por otra parte su énfasis en la regeneración moral de cada persona fue, y sigue siendo una necesidad en un país con una larga tradición de corrupción pública, de infidelidad en el matrimonio o de incumplimiento en la palabra dada. Finalmente, este estudio termina antes de la Segunda Guerra Mundial, que selló el fin de una época para América Latina y para el cristianismo en general. En la actualidad los metodistas se distinguen como uno de los grupos protestantes en América Latina que ve con más simpatía la teología de la liberación: una prueba que el sentido profundo de lo social en la religión fundada por John Wesley es capaz de renovarse y adecuarse a los nuevos tiempos.

*Jeffrey Klaiber, S.J.*